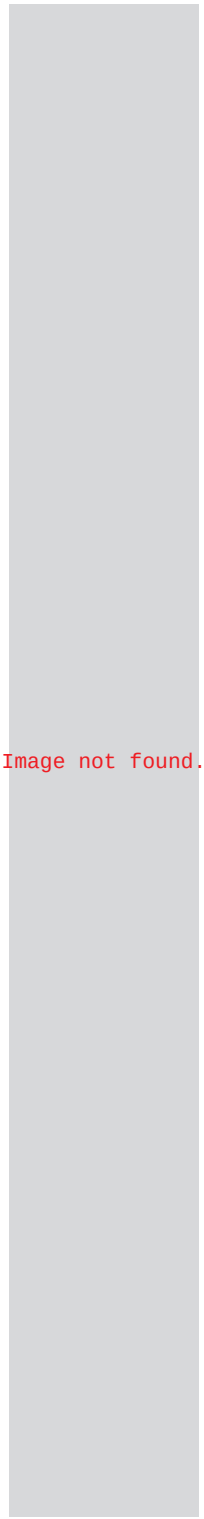
Reconciliación...

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

Reconciliación... (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Observó directamente al sol, al hipnótico brillo de éste sobre los edificios que encandilaron a sus pupilas.

Y caminó en dirección norte tras oír en su teléfono celular la concreción de aquello que al principio le pareció un desatino.

Algo que registró en la simplicidad de una anécdota.

Había pasado dieciséis o diecisiete años para comprender eso que no tenía denominación.

Y que había oscilado entre lo mercantil y alienante.

Ya no tenía hambre ni escuchaba a su estómago, y la ciudad se le abrió como un feliz encantamiento colectivo.

Se sintió el miembro de una vanguardia que había perdido fidelidad a la tierra pese al reencuentro con las distancias vagas que preanunciaban a definidas porciones e estrellas.

(El atractivo de esas visiones alucinadas era que conquistaron a sus instintos).

La conversación había rondado acerca de mitologías de acuerdo el movimiento del reloj.

La mujer manifestó intensos deseos de contemplar al cielo azul y moverse libre.

Y no confirmó a los peores miedos del hombre:

Aquello denso que yacía en la oscuridad como fuente innegable del fracaso.

Para ella lo portentoso era ver bien aquello que se asentaba en el alma.

Después las nieblas invadirían los aires, y por reiterados desgarramientos se reemplazarán los ámbitos de vida plena.

(Pasado algún tiempo le había dicho esas palabras).

En ese día cálido de un invierno que apenas estaba en ciernes, el hombre supo de la secreta negociación que había hecho Grace al pasar por un embaldosado patio al lado de la fuente de una plaza.

Esa emocionalidad significó la variación der lo que había sido concibió originalmente.

El tenebroso hastío por lo antiguo iría perdiendo fuerza frente al sol que lucía vasto y radiante.

Había hecho una investigación cuidadosa, y según ella, las cosas saldrían como las había conjeturado.

(Aunque el proceso que llamó a construir estaría más allá de cualquier dato externo).

Había encarado cuales eran las posibilidades frente al ausente esplendor del hombre que escucha pese a no querer oír.

Se enfocó en los hechos y perspectivas del mundo en forma cerrada e inmodificable.

Él podría categorizar al porvenir como una ambigüedad, pero la brusquedad de esa noticia lo alentó a percibir la bella forma de jardín que tenía ese sector urbano.

Era una inspiración obvia o velada que tejía con sus pasos.

Sus labios soltaron una expresión excepcional: feliz y callejera (sintió un raro tipo de asombro al permitir que esas palabras chorrearan de la boca).

Hablando (le dijo la mujer) técnicamente, todos los hombres buscan lo mismo y provienen de un común origen.

Las cosas no quedaban reducidas a una enseñanza que creara un fatigado esquema.

Aunque esa fuera una arquitectura explicitada en libros sabios y pletóricos.

Había que rebelarse frente a la agresión de lo dado.

El hombre se dejó llevar por la música secreta de su sangre que salteaba a su otrora hiperactividad.

Se relajó porque la tensión límite del ser humano siempre fue la muerte.

Pero le hizo a la mujer cuestionamientos que fueron agitados porque no quería que cuando llegara la noche, esta le diera consejos llenos de negruras.

No se involucraría en presurosas distracciones.

¿Qué interés tuvo el otro para repensar al asunto de esa manera?

Se había resignado al fin a no hacer daño o aquello era la pautada proyección de uno de sus planes carentes de honra.

Sí:

Al fin se había transformado en un hombre libre, tenía escrúpulos para no ponderar como benignas a las sombras, padecía las extenuaciones que se agarraban con los años, y ya no procuraría las viejas peleas surgidas por sus pastosas frases.

Y con esos nuevos hábitos ya no presentará agresiones perfectas.

“Pero, esa sería una reforma difícil: las imágenes y símbolos que durante su vida empleó habían sido detestables”.

Señaló el hombre que renunciaba a hacer un enfoque gratuito.

Evidentemente los dos respondían a una historia en común, y se ubicaban en un par de generaciones después de la generación de hombres que llegó del continente europeo, y recorrió los llanos luminosos que por momentos se hicieron sombríos.

La mujer le mencionó un lugar que fue falseado en las vísperas de un baile por vanidades que habían latido estupefactas en el corazón.

Lanzó una veloz ojeada a una joven por la que pelearon en un bar que estaba en una prominente altura de cien metros.

También habló del comienzo de la austeridad que impondría el frio.

¿Los dos hombres se habían unido por una tradición, una metafísica o

simplemente una malhadada manera de encarar al mundo?

Habían sido contrarios que cumplieron con el certero misterio de encontrarse en tumultos envenenados.

Que se habían creído magníficos e implacables sin advertir sus pequeñeces ni a sus trayectorias chatas.

La noticia fue la puesta a prueba del discurso de la mujer.

Mauricio Primo (con quien había armado esa gran enemistad) ya no estaba a punto de morir:

Se había levantado de su último lecho, y pisaba con una enrarecida especie de piedad al barro y las hierbas.

Y expresaba con una inútil exactitud cada una de las circunstancias de su enfermedad.

¡Había sido su más grande acto de magia el haber burlado a la muerte!

(Que no fue otra cosa que la victoria en que incurrió su alma sobre las oscuridades vertiginosas).

Primo fue un hombre que no tuvo nada de santo.

Había sido un profanador qué lo mortificó mucho y más de mil veces le raspó con amarguras su rostro.

Fue durante una despedida a un ser que ambos habían amado que sus semblantes se volvieron desconocidos.

Tuvieron terror de volverse a ver mucho más que a las certificadas invasiones de malos sueños.

Sin embargo, el hombre le tuvo compasión y admiró que le haya ocurrido ese prodigio.

La enfermedad de Primo había resultado muy penosa.

Se sucedieron preguntas acerca de detalles y testigos.

Hizo un paciente ejercicio de acumular prudencia.

La proximidad de la muerte de Primo convirtió a sus cuestionamientos más severos en una decidida sonrisa.

Este habría renunciado a lo incesante de su desbordada personalidad cuando el tiempo se trató de una medida que ya no lo respetaba.

Y no estaba aislado por colosales tinieblas porque volvió a entrar en contacto con el mundo.

En ese final de un mediodía que fue transitado con destreza y fluidez, la mujer: Grace, confirmó el destino de Mauricio Primo.

Y ya no lo vería en ensueños que deliberadamente eran olvidados a las mañanas.

Esa inflexible determinación intrigó a Hacobs.

La derivada sugerencia que le hizo a Grace fue la de no desbarrancar.

Apostar a un lugar seguro.

II

A primeras horas de la tarde en una encorvada esquina de la ciudad, Hacobs se había encontrado con Grace.

Una mujer imparcial que después de un generoso revoleo de sus ojos claros le dio otra exuberante descripción.

Lo instaba a firmar con Primo un tratado de paz.

Era como si ella también hubiera superado a esa muerte.

Lo había acompañado a Primo al aguardarlo en la antesala del hospital.

Y su restablecimiento hizo que mutaran sus intenciones.

Grace se manejaba de acuerdo a convenciones pintadas con tintas muy espesas.

El crujir de sus huesos era tan verdadero como las voces que se escuchaban en sueños.

Hizo una necesaria evocación a la vigilia final

Hasta entonces Hacobs había reforzado los rencores en contra de Primo en su memoria, y no pudo prescindir de guardar malos sentimientos.

Pero puso en orden a sus belicosas pasiones y repensó las cosas con una presunta sabiduría.

Dejaría de hablar de los ángeles que naufragaron en costas perdidas (de las que no había mapas).

Ni prendería al fuego que siempre marchaba a ciegas como el peor de los castigos.

Insistió en hacer una tácita veneración al sol cuando este adquirió una aguda majestuosidad en el cielo.

Se refirió a algunos entreverados inventos que regían al mundo que de vez en cuando se llenaba con brumas.

A lo sumo haría una consideración de carácter condicional…

(Al decidir esto, injertó en su voz algunas señales de asombro).

Al fin se habían delineados los contrastes:

Aquello a lo que tenía que aspirar antes que se atenué su corazón conmovido.

Ya no pondría intrépidas furias en las palabras.

(Aunque el violento color rojo seguía siendo lo arquetípico de la humanidad).

En él prevalecerá la sabiduría de los que quedaron tendidos, quietos como si hubieran sido borrados.

Los que nunca lamentaron haber vivido entre pocas parsimonias.

Grace nuevamente le explicó la personalidad de Mauricio Primo:

Había sido un grillo que hacía bullicios a la noche… cuando se apartaba el sol.

(Creyó haberle hecho una correcta categorización).

” La vida era el premio que recibían los que no se cansaban de recorrer sus senderos”, dijo con concisión.

Hacobs lanzó un suspiro con un temblor imaginable:

Eran treinta y cinco años, nada menos, la edad que tenían tanto él como

Primo.

Grace entonó como una irreversible paradoja:

“Primo ha salido de la voraz contracción de la habitación de un hospital, para entrar en los palacios del mundo. Ha vuelto como un ejemplo claro de adustez: no produjo secuelas de quejas ni hizo ruido, tampoco se inculpó por las abundantes épocas de brutalidad. Ya no le subsistían los desvaríos”.

Lo que pasó antes había sido minucias:

Conjeturas sin ningún valor.

Violencias por cortar flores qué de cualquier forma se marchitarían.

Lo restaurador resultaría aceptable a partir de sus comentarios.

Para Hacobs sus recuerdos vagos de pronto se hicieron sonoros.

Aquello sería la extinción de las rencillas.

Y relampagueantes buenas intenciones con un ápice de realismo.

Había recrudecido la humedad.

En el hombre y la mujer hubo intercambios de gestos recalcitrantes:

Sabían de las bajezas que cargaban en el corazón.

Pero todo se compaginaría desde la seriedad de Grace, incluso el silencio.

Ella se rehusó a dar más detalles.

Pero se enorgulleció de haber urdido esa posibilidad.

Era la renovación del periodo:

El regreso profundo o la dispersión definitiva.

Eso tan elemental fue lo que le explicó al hombre.

Y este lo aceptó con lágrimas candorosas.

Hicieron la promesa que se volverán a ver en reuniones esporádicas

dentro de inusitados hospedajes.

Grace adujo ser una mujer intrépida:

La guardiana de vastas caravanas de memorias felices y un ser muy consciente de la inhospitalaria mortalidad.

Por eso se inmiscuía con cada paso que Hacobs daba.

Y lo restante fueron paseos de circunvalación por ruinas siderales:

Piedras arcillosas, puentes que cruzaban dos puntos geográficos junto con esparcidas circunstancias.

Juntarían un cifrado empeño en dormir o andar por campos en los que respirarían aromáticos aires.

Percibirían bondades que no eran reconocidas cuando estaban presentes el viento y el sol.

Porque el lugar real estaba en otro orden:

El de las incongruencias de lo que no se había creado:

Ese era el mundo que no había sido definido por ser destartalado.

En los oídos de Hacobs se incluyeron rumores poco festivos.

No supo si lo que observó tenía visos de estar en el exterior o en la fluencia de lo íntimo.

Aquello se dirigió a formar borrosas imágenes ensimismadas.

Grace aseguró a Hacobs que el repuesto Mauricio superó las trampas del cuerpo en habitaciones con cortinas cerradas después de vastas mañanas arruinadas por el dolor.

A través de ásperos sueños o en los que tronaba por fechas de embriaguez, o en el milagro de levantarse frente al espejo para mirarse el rostro, Primo logró deshacer la pausa de la muerte.

A pesar de que esta debería ser poblada por alguien que no opusiera tantas amarguras.

Ahora ella se desplazaba en esa centralidad para hacer una nueva articulación de los sucesos.

Primo ya no era alguien acordonado en la imposición horizontal de una cama, sometido a luchas trágicas.

Que nunca se había abandonado a no pensar, a dejar de deliberar.

Siempre justificó a sus actos como ciertos.

Pero Hacobs no lo verá caminar por las anchas calles despojado de su aterrador misticismo.

Y no repasaría los espacios que se llenarán con la luz del sol durante el día y las eléctricas luces blancas de cuando la luna llegaba para adornar al cielo negro.

Aquella reconciliación entre ambos había sido muy aguardada por Grace junto con su tendencia a florecer de continuo.

Primo había seguido los estatutos del cobarde que esperaba agazapado a que nada termine.

En cambio, Hacobs no gestionó su incompetencia en ese sentido e intervino en esa hora para suplantar a su odiado rival.

Grace lo besó (algunos dirían que fue mordido por una víbora), y Adrián Hacobs murió en el acto.

Eso implantó más que justicia a un estremecedor equilibrio.

Así esa mujer pudo sintetizar la dimensión de lo absoluto en un solo hombre.

Fin